

24/2021

26 de febrero de 2021

*Claudio Feijóo, Juan Miguel Aguado y
Ángel Gómez**

**Microgestión de redes sociales:
libertad, tecnología y
autoritarismo**

Microgestión de redes sociales: libertad, tecnología y autoritarismo

Resumen:

La gestión de la pandemia en países como China ha llevado a algunos analistas, y a parte de la población occidental en general, a plantearse la superioridad de los sistemas autoritarios sobre los democráticos cuando se trata de responder a crisis y emergencias. El debate se intensificó en los peores momentos del confinamiento, cuando en Asia ya habían superado la primera oleada y en Europa se implantaban severas restricciones de las libertades individuales.

En este artículo trataremos de reflexionar y dar respuesta a los desafíos de las sociedades democráticas, analizaremos la maquinaria que se ha puesto en marcha a través de las redes sociales y el *big data*, así como el peso que gana la microgestión social y la tecnología en esta labor.

Palabras clave:

Microgestión, China, Europa, *big data*, redes sociales.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Micro-managing social networks: freedom, technology and authoritarianism

Abstract:

The management of the pandemic in countries such as China has led some analysts, and parts of the Western population in general, to question the superiority of authoritarian systems over democratic ones when it comes to responding to crises and emergencies. The debate intensified during the worst moments of confinement, when Asia had already overcome the first wave and severe restrictions on individual freedoms were being implemented in Europe.

In this article, we will try to reflect on and respond to the challenges of democratic societies, analyse the machinery that has been set in motion through social networks and big data, as well as the weight that micromanagement and technology are gaining in this work.

Keywords:

Micro-management, China, Europe, big data, social networks.

Legitimidades de partida y de salida

La gestión de la pandemia en países como China ha llevado a algunos analistas, y a parte de la población occidental en general, a plantearse la superioridad de los sistemas autoritarios sobre los democráticos cuando se trata de responder a crisis y emergencias. El debate se intensificó en los peores momentos del confinamiento, cuando en Asia ya habían superado la primera oleada y en Europa se implantaban severas restricciones de las libertades individuales.

Probablemente el argumento con mayor peso a favor de la democracia —dentro de la creciente confrontación internacional entre sistemas sociales y de gobierno— sea su legitimidad. Las decisiones que toman los gobernantes pueden ser —para muchos están siendo— erróneas, pero están basadas en la transferencia de poder que la sociedad ha llevado a cabo a través de las correspondientes elecciones¹ (es decir, en la confianza depositada en sus gobernantes) sobre una base de libertades civiles y derechos políticos.

Los regímenes autoritarios carecen de esta que podríamos llamar «legitimidad de partida» (que un jurista llamaría *ex ante*). Su «contrato social» no es simétrico. Así, están obligados a suministrar a la sociedad —a las personas que la componen— lo que esta demanda, so pena de terminar aislándose, serviría tan solo a una minoría y sostenerse únicamente por la fuerza. Su legitimidad vendría derivada de la eficiencia o la capacidad de cumplir compromisos adquiridos, una «legitimidad de salida» (*ex post*), más débil y siempre necesitada de refrendo —verdadero o posverdadero.

Confianza y orden, orden y confianza

Por eso, los regímenes autoritarios basan su poder en la robustez de su sistema. Aspiran al control absoluto de la población y a un relativo aislamiento de esta respecto del exterior para evitar la más leve fisura, sabedores de que la falta de cohesión supone su ruina. Las democracias, sin embargo, parten de una confrontación gestionada y del debate interno, y, por lo tanto, basan su poder en la resiliencia. Renuncian a la eficacia brutal de

¹ Un ensayo accesible sobre la legitimidad de la democracia debido a esta transferencia de soberanía y capacidad de decisión desde la sociedad a los gobernantes se puede consultar en: SCHARPF, Fritz W. «Problem-solving effectiveness and democratic accountability in the EU», *MPIfG working paper*, n.º 3/1, 2003. Disponible en <http://hdl.handle.net/10419/41664>

las certezas para blandir la flexibilidad como mejor arma². Sería una suerte de versión sociopolítica del equilibrio dinámico o de formas de equilibrio alejado del orden, como ha señalado Edgar Morin en su libro *Pensar Europa*. Algo parecido a lo que ocurre cuando montamos en bicicleta: la confianza y el juego de tensiones contradictorias permiten generar un equilibrio dinámico que resulta en movimiento. En los sistemas democráticos, la confianza emana de esa legitimidad *ex ante* y permite generar equilibrios. En los regímenes autoritarios, en cambio, la confianza no emana de la legitimidad, sino de la eficacia; y se produce, por tanto, *a posteriori*. La relación entre confianza y orden es, pues, radicalmente distinta: en un caso el orden se produce porque hay confianza; en el otro, la confianza se produce porque hay orden.

La narrativa sobre la gestión de la pandemia en China es el mejor ejemplo de la búsqueda de esta otra legitimidad. De aquí la insistencia en no dejar pasar ni el más mínimo caso, controlar la entrada de personas provenientes del extranjero y cualquier atisbo de rebrote. Un error mayúsculo en la gestión, una falta de cumplimiento, y el pacto social que sustenta ese sistema se puede quebrar. No sería la primera dinastía de China desaparecida por un desastre, señal de que se ha perdido el «mandato celestial» presente en su subconsciente colectivo. La confianza, en China, siempre llega desde arriba: de los cielos o del Partido, por eso tiene allí tanto sentido un sistema de crédito o de confianza social.

En la democracia —en nuestras democracias—, los errores mayúsculos de gestión también se pagan —se deberían pagar— con la pérdida de las siguientes elecciones, pero no con la destrucción del sistema, aunque ejemplos de lo contrario abundan en la historia cuando el equilibrio de poderes que sustenta a la misma democracia ha dejado de funcionar y el régimen se convierte en una dictadura con elecciones. O, en otras palabras, cuando la confianza deja de sustentar la legitimidad *ex ante* y la retórica de la eficacia se superpone a la de la libre voluntad y la representación.

² Hay una película en la que un cruzado y un sarraceno discuten sobre la superioridad de su armamento. El cristiano desenvaina su espada y parte en mil pedazos un taburete; el musulmán lanza al aire un pañuelo de seda y lo corta con el filo de su alfanje, con la sola ayuda de la gravedad. «No me has mostrado la calidad de tu espada, sino la fuerza de tu brazo», le dice al cruzado.

Maquinaria de procesamiento social

Se ha dicho que la democracia, a partir de esta legitimidad y sobre la base de la existencia de libertad de expresión, vendría a funcionar como una maquinaria social capaz de procesar información distribuida, opiniones encontradas y solventar problemas complejos, aunque sea por medio del método de prueba y error. De acuerdo con esta teoría³, los regímenes autoritarios carecerían de un mecanismo de realimentación suficientemente capaz de procesar la información políticamente relevante, puesto que, por su propia naturaleza, no poseen ninguna forma de mantener una discusión abierta o proponer soluciones alternativas sin arriesgar la existencia del propio sistema.

Por tanto, en la medida en que el debate de criterios forma parte natural de las dinámicas sociales y de su respuesta a los acontecimientos, se supone que un régimen no democrático tiene un déficit de información fiable y, en el largo plazo, tiende a tomar malas decisiones al no tener visibilidad de las soluciones divergentes y no poder discutirlos sin riesgo. Siguiendo con esta teoría estándar, el resultado sería un bienestar social menor y un incremento indefectible del autoritarismo político. En consecuencia, se puede decir que los regímenes dictatoriales y autoritarios⁴ muchas veces mantienen enormes aparatos de seguridad, no tanto para asegurar la fidelidad al régimen, que también, sino para obtener información relevante y conseguir un sucedáneo del mencionado mecanismo de acceso y realimentación⁵ de la información necesaria para gobernar.

Si las democracias sucumben a la tentación de dirigir el discurso y limitar la capacidad de crítica, no están solo desvirtuando su propia naturaleza, sino que se están privando al mismo tiempo de la ventaja competitiva que tenían sobre regímenes que, como contrapartida, no están constreñidos por las limitaciones de los ciclos electorales.

³ Propuesta en 2012 por Henry Farrell y Cosma Shalizi, y que se puede consultar en FARRELL, H.; SHALIZI, C. R. «Pursuing Cognitive Democracy». En: D. Allen; J. Light (eds.). *From Voice to Influence: Understanding Citizenship in a Digital Age*. University of Chicago Press, 2015, pp. 211-231. Disponible en: <http://henryfarrell.net/wp/wp-content/uploads/2013/04/Farrell-paper.pdf>

⁴ Existiría una diferencia entre totalitarismo y autoritarismo. En este último permanecen esferas de cierta libertad, por ejemplo, en lo económico.

⁵ Precisamente el relato sobre el que se construye el «gran hermano» de la visionaria obra de George Orwell 1984 tiene como base esta misma lógica.

Big data social

Sin embargo, las nuevas tecnologías, con su capacidad para obtener y procesar datos y convertirlos en conocimiento, pueden otorgar los medios para conocer lo que la sociedad necesita —y tolera—, igual que los que permitan manipular sus deseos de una forma igual o mejor que las democracias. ¿O no es esto lo que hacen Facebook, Google o Twitter? Esta idea es precisamente la que sostienen pensadores como Harari: mejores y más poderosas tecnologías de la información pueden hacer durante este siglo que queden obsoletas las bases de los sistemas de gobierno basados en una democracia liberal⁶. La tercerización de la supresión del juicio crítico en las plataformas puede privar a las democracias de las ventajas derivadas de la libertad de expresión y del monopolio estatal de la capacidad coercitiva. Al sustraer la base de autonomía decisional dejan sin efecto el vínculo necesario entre confianza y legitimidad que hace posible la gestión compleja y flexible de la información generada en los procesos sociales.

Tomemos otra vez el caso más notorio en estos tiempos: China. Cuando los nuevos medios digitales surgieron en la década de los noventa, tuvieron un efecto renovador en la expresión de la opinión pública de China. Por un momento fue posible expresarse, como recoge con casos ficticios, pero perfectamente posibles, la magnífica novela policiaca del poeta y traductor Qiu Xiaolong, *El enigma de China*.

De hecho, son los nuevos medios digitales de comunicación privada —redes sociales como Weibo, plataformas de comunicación como WeChat, agregadores de noticias como Toutiao, o medios digitales como NetEase— los que tienen una libertad de operación mayor en virtud de su contribución a la economía de China (sin que eso les otorgue «patente de corso» para hacer su voluntad; pero de Jack Ma y Ant Financial también hablaremos en otro momento). Se utilizan a diario como forma principal de acceder a la información y al conocimiento por parte de un ciudadano chino. Sin duda, son originales, divertidos e innovadores. Tanto que, en alguna de sus versiones para

⁶ De hecho, Harari va más lejos y sugiere que, si se unen las tecnologías de la información y las comunicaciones con la biotecnología y el conjunto se integra con o accede al pensamiento humano, tendremos una sociedad completamente diferente de la actual, más parecida a los Borg de *Star Trek* que a nosotros mismos. Los argumentos de Harari se pueden consultar en su libro *21 lessons for the 21st century* o en su artículo para *The Atlantic* de 2018: HARARI, Y. «Why Technology Favors Tyranny», *The Atlantic* (octubre 2018). Disponible en: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2018/10/yuval-noah-harari-technology-tyranny/568330/>

consumo occidental —TikTok, sin ir más lejos—, han sido también un éxito a este lado de la gran muralla china de Internet.

Esas plataformas son una ventana a formas de consumo asociadas a las relaciones sociales, a las emociones cotidianas y a la banalidad de lo efímero. Pero son también una ventana para observar la opinión pública y luego modularla o suprimirla, según convenga⁷. Aparentemente, lo que contienen mayormente son contenidos no polémicos, es decir, entretenimiento, cotilleos y cualquier tema vagamente sensacionalista. Sin embargo, los usuarios de Internet chinos saben bien que existe la posibilidad de expresarse —con riesgo— sobre temas políticamente sensibles durante un tiempo corto.

Es una secuencia perfectamente orquestada que comienza con un mínimo margen para escuchar la opinión pública dentro de un marco de considerable autocensura. Una vez pasada esta ventana de oportunidad, luego viene la censura propiamente dicha que microgestiona las temáticas permitidas, fundamentalmente eliminando cualquier información que pueda distraer a la sociedad de un estado de tranquilidad, mansedumbre y centralidad que, en 2020, ha venido oficialmente a denominarse como de «paz social». La armonía ha sido siempre una idea central en el pensamiento chino.

En un último paso, todo un ejército de *bots* y cuentas semioficiales se afanan para crear una opinión nacionalista, y de apoyo al partido y al Gobierno en los casos necesarios. El resultado —que recuerda mucho a la formulación de lo que Byun Chul Han ha llamado *psicopolítica*— es ideal desde el punto de vista de un régimen autoritario: se pulsa la opinión pública para anticiparse a potenciales descontentos y, más tarde, se le da la forma apropiada gracias al *big data* suministrado por las redes sociales. Como recientemente ha declarado el viceministro del Departamento Central de Propaganda de China: «Adherirse a la dirección política correcta, orientar a la opinión pública y sus valores es el alma del trabajo de la parte pública de los medios... y, desde luego, hay que evitar que el capital [privado] manipule la opinión pública»⁸.

Esta dinámica no es —como anticipaba Huxley— sostenible únicamente sobre la mera capacidad coercitiva supervitaminada por el *big data* y capilarizada por las redes

⁷ Aquí el modelo es el del otro gran referente literario del autoritarismo: *Un mundo feliz*, de A. Huxley, donde, a diferencia del modelo orwelliano, la capilaridad del control social no se ejerce por la fuerza, sino por la seducción de la conveniencia.

⁸ Las declaraciones del viceministro se pueden encontrar, en chino, en la web de *Sina News*, disponible en: <https://finance.sina.com.cn/chanjing/cyxw/2020-11-19/doc-iznezxs2651319.shtml>

sociales. Es necesario, además, un contexto de consumo e internalización (o naturalización) de esos procesos por parte de la población. Un proceso en el que, al final, pesa más la eficacia (el acceso a bienes y servicios, la seguridad, la disponibilidad de los otros, las experiencias placenteras) que la autonomía decisional. La paz social entendida como «masedumbre inducida» es un estadio necesario del consumo en un contexto — el capitalismo de Estado— en el que política remite a los consumidores, no a los ciudadanos.

El arte de la microgestión

Pero los algoritmos no están aún preparados para tomar decisiones complejas para adquirir el estado de la opinión pública y luego remodelarlo. Así que se requiere microgestión por doquier; un arte complicado para el que abundan los ejemplos y que requiere un creciente ejército de censores. Hay casos de alto y de bajo nivel. Uno famoso es el correspondiente al director general de los Houston Rockets, el equipo de la NBA, al que se le ocurrió comentar sobre la creciente falta de libertades en Hong Kong. Primero se dejó que una ola de nacionalismo inundara las redes y, como respuesta, se cancelaron partidos y acuerdos de patrocinio. Pero cuando el enfoque nacionalista empezó a subir de tono y cuestionar la continuidad de este y similares negocios, el asunto pasó a considerarse polémico, alejado del objetivo de centralidad social, y su mención cancelada.

Otro pequeño, pero interesante, tuvo lugar cuando la directora del Centro de Desarrollo Sanitario de China en la Universidad de Pekín —una de las más prestigiosas en China— ofreció la cifra de que China había recibido unos ingresos equivalentes a dos tercios de su PIB gracias al esfuerzo en la lucha global contra la pandemia de la COVID-19. Cuando empezaron a trascender los comentarios en la opinión pública mundial de que China se estaba beneficiando aparentemente de este desastre, rápidamente toda mención al caso desapareció de los medios *online*⁹.

El caso más reciente y de alto interés es el de la aplicación Clubhouse. Al ser relativamente desconocida inicialmente y estar disponible en las tiendas de aplicaciones de Apple, se comenzó a utilizar en China. Puede que fuera, como dijo el *Global Times*,

⁹ Detalles sobre estos acontecimientos se pueden encontrar en un artículo del *Financial Times*, disponible en: <https://www.ft.com/content/73f71944-6d17-432e-8f25-cedaa486ad73>

una minoría de diletantes los que la usaron, pero lo cierto es que durante un corto periodo se produjeron discusiones impensables entre locales y foráneos sobre temas tan espinosos como la situación de Xinjiang o la Ley de seguridad nacional en Hong Kong. Sin embargo, al poco, el régimen consideró que la aplicación había traspasado los límites para mantener la paz social en China y, por tanto, debía ser prohibida, incluso a pesar de que algunas de sus infraestructuras soporte pasaban por el país. No se puede gestionar lo que no se puede controlar.

Lecciones

La tecnología ofrece herramientas muy potentes para gestionar la opinión pública y las lealtades de la población. La tentación de hacer uso de ellas, bien directamente, bien externalizando este control en plataformas comerciales, resulta muy grande. El resultado que puede conseguirse es el de una mayor cohesión en torno al pensamiento del líder, precisamente la base del poder de los regímenes autoritarios. Su adopción por parte de las democracias, sin embargo, desvirtúa su naturaleza y las priva de la fortaleza que se deriva de su carácter fluido y de permanente búsqueda de equilibrios.

Quizá debamos plantearnos hasta qué punto la fortaleza relativa que se percibe en los sistemas autoritarios no tiene su causa en la debilidad de la confianza reticular que está en la base de las democracias. La mejor manera de combatir las ideas autocráticas es perfeccionando los mecanismos democráticos y adaptando la tecnología a su servicio en lugar de aprovecharla para debilitarla.

Durante mucho tiempo hemos asociado democracia con economía de mercado y prosperidad. Sin embargo, el planteamiento de la nueva psicopolítica en el marco de un capitalismo de Estado, como es el caso de China, nos arroja interrogantes necesarios y oportunos sobre el papel de la autonomía decisional y la relevancia de valores no mercado-céntricos en nuestra vida política y social. Si el capitalismo de Estado es posible porque trabaja con consumidores —no con ciudadanos—, cabe preguntarse hasta qué punto el consumo convertido en lógica política hace obsoleta la condición de ciudadano como sujeto caracterizado por la autonomía decisional.

Una sociedad que opera desde la lógica de los consumidores (y no desde la del ciudadano), sustentada por la conveniencia y la capilaridad de las redes tecnológicas, pone en peligro la conexión entre confianza y legitimidad *ex ante* y, en cambio, refuerza

la lógica de la satisfacción que refrenda la conexión entre legitimidad *ex post* y confianza. Quizá sea esta la causa de la aparente nostalgia con la que algunos han contemplado la gestión oriental de la pandemia desde el caótico lado occidental.

Nota: Una parte del análisis presentado forma parte del libro *El gran sueño de China. Tecno-socialismo y capitalismo de estado* (C. F. González, Tecnos, 2021). Las opiniones vertidas son las de los autores y no de sus instituciones.

Claudio Feijóo, catedrático de Ingeniería de Telecomunicaciones de la UPM
Juan Miguel Aguado, catedrático de Periodismo de la Universidad de Murcia
Ángel Gómez de Ágreda, coronel del Ejército del Aire